

padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista: casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se extendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban escuadrones no armados de infanteria, sino montones de doncellas sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sargas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro: venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnalda de olorosas flores: campeó aquel dia y en ellas, ántes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediana, se descubria asimismo la extremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: al rededor de cada escuadron andaban por de fuera de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albugues, y de todos estos sonos redundaba uno solo que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música; y al pasar uno destos escuadrones ó junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el alcalde del pueblo, asíó á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante le dijo: ¡ Ah Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¡ bailes son estos para ser profanados? ¡ fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oír los sordos. Apénas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyese los sordos, sería hacer milagros: contentáos con que nos oigamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar: á lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Majestad en sus fiestas, porque veais, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa; témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer á los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oír la plática: Si va á decir la verdad, señores alcaldes, tan marido es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre: ella está en cinta, y no está para danzar ni bailar; cásenlos, y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaba léjos, y lo primero que dijo fué: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caido en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo y yo su esposa, y perdonen Dios á entrambos cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda ántes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atras. Par diez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo; dénse estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las sollicitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas; que parecian todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres, que no estaban léjos; diciendo que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazón estaba la corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenian fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros noveles, se abatían al señuelo de cualquier mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosuras; á lo que añadió Antonio el padre: Desamano será menester que usemos de la industria que usan las grullas, cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto mas, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso río, y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el disinio del viaje que habia hecho Antonio, dijo que ella queria seguir el suyo, que

le venia mas á cuento: la hermosa Riela le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida: nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegría: vieron iguales y extendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finisimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Jarama y Tajo; contemplaron sus sierras de agua, y admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces que arenas, y sus exquisitos frutales; que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo: finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia: desde allí fuéron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

## CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso: Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quédanse con ellos el y Riela su mujer; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza á todos se les alegró el alma: Riela y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian, á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo cómo su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se habia averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron fuéron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras; y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisfice su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongámos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga; porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo, que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas, con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia

heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto: fué parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiéndole que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un imprevisto pesar.

De allí á tres dias llegaron, al crepúsculo de la noche, á su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, según despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio á su mismo padre: ¿ Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Según es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas dél son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia, según su capacidad, sirviera por todas; prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿ Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? dígoles, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien léjos desta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada á mí, ni á mis camaradas. ¿ Y cómo se llamaba, hijo, dijo su madre, ese Villaseñor que decís? Llamábase Antonio, replicó Antonio, y su padre, según me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. ¿ Ay, señor, dijo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia há al pié de diez y seis años que falta desta tierra! comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros y granjeado con oraciones: plegue á Dios que mis ojos lo vean ántes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dijo: ¿ há mucho que le vistes, há mucho que le dejastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdate de sus padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos; y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Riela su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente, que traian en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano:



el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huéspedes, las turbó de manera que no sabían á quién acudir ni á quién preguntar la causa de aquel alboroto: los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una revuelta que dos compañías de soldados, que estaban en el pueblo alojadas, habian tenido con los del lugar, le habian pasado por las espaldas el pecho, el cual viéndose herido, mandó á sus criados que le trajesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fué al tiempo que comenzaba á hospedar á su hijo, á su nuera y á sus dos nietos, y á Periandro y á Auristela, la cual asiendo de las manos á las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusion y la llevasen á algun aposento donde nadie la viese: hicieronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constanza, á quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura: lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza y de la obligación del hospedaje, se atrevió honesto y regocijado á abrazar á una de sus tias, viendo lo cual un criado de casa, le dijo: Par vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas, si no, á fe que se las haga tener quedas á despecho de su desvergonzado atrevimiento. Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir á estas señoras y á todos los desta casa. Ya en esto habian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado á dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por via humana tuviese remedio alguno.

Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadron formado se habian salido al campo, y esperaban, si fuesen acometidos del pueblo, darles la batalla: valia poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que tomando el regaion el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracan, y las levanta al cielo, el cual dándose priesa á entrar el día, la prudencia de los capitanes hizo marchar á sus soldados á otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites, á pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por términos y pausas espacuosas, con sobresaltos agudos, poco á poco vino Antonio á descubrirse á sus padres, haciéndoles presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos: la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro, y la admiracion á todos los sentidos. Este placer tan grande como improvisó, esta llegada de sus hijos tan no esperada, se la agrió, turbó y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo eso, le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella habia, que para su salud fuese conveniente, porque aunque quisiera moverse y llevarle á la de su estado, no fuera posible: tales

eran las pocas esperanzas que tenian de su salud; no se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela y Constanza, que con la compasion cristiana y solicitud posible eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, ó á lo ménos no acompañado de mujeres; pero la disposicion del cielo, que con causas á nosotros secretas ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el Conde llegase al último de su vida; y un día, ántes que della se despidiese, cierto ya de que no podía vivir, llamó á Diego de Villaseñor, y quedándose con él solo, le dijo desta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir á Roma este año, en el cual el sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse; iba á la lijera, mas como peregrino pobre, que como caballero rico: en este pueblo hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habeis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos dél: mezcléme en ella, y por reparar las ajenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida que á traicion, si así se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos: no sé quién me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo á la misma confusion: no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia ó por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono á mi matador y á todos aquellos que con él tuvieron culpa, y es mi voluntad asimismo, de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habeis hecho; y la muestra que he de dar deste agradecimiento no será así como quiera, sino con el mas alto extremo que pueda imaginarse; en esos dos baules que ahí están, donde llevaban recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que desta hacer quiero: tomadla, señor, en vida, ó haced que la tome la señora D.<sup>a</sup> Constanza vuestra nieta; que yo se la doy en arras y para su dote, y mas que la pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada: llamadla aquí, y traed quien me despose con ella, que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecian hacerla señora del universo: no os admire, señor, lo que oís; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer á una mujer famosa. Esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad; por lo que debeis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra; id luego, y sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la deshaga.

Pasmóse á estas razones Villaseñor, y creyó sin duda alguna que el Conde habia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte ó se dicen grandes sentencias, ó se hacen grandes disparates; y así lo que le respondió fué: Señor, yo espero en Dios que tendréis salud, y entónces

con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais y la mujer que escogéis: mi nieta no es vuestra igual, ó á lo ménos no está en potencia propinqua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta honra que quereis hacerme, con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice, que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que por via de la solicitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dijo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare. Alto pues, dijo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir á la buena suerte, que está llamando á las puertas de mi casa; y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el Conde le habia dicho con su mujer, con sus nietos y con Periandro y Auristela, los cuales fuéron de parecer que sin perder punto, asiesen á la ocasion por los cabellos que les ofrecia, y trajesen quien llevase al cabo aquel negocio: hizose así, y en ménos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el Conde, y los dineros y joyas en su posesion, con todas las circunstancias y revalidaciones que fuéron posible hacerse: no hubo músicas en el desposorio, sino llantos y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos: finalmente, otro día despues del desposorio, recibidos todos los sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la condesa Constanza, la cual cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas y levantando los ojos al cielo, comenzó á decir: Yo hago voto... pero apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo: ¿Qué voto quereis hacer, señora? De ser monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicó Auristela, que las obras de servir á Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y este de la muerte de vuestro esposo quizá os hará prometer lo que despues, ó no podréis, ó no queréis cumplir; dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra palabra, cuando Auristela de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere, y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con mas duracion que el presente.

Rindióse á este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su hermano menor, á quien ya habian ido las nuevas á Salamanca, donde estudiaba: lloró la muerte de su hermano, pero enjugóle presto las lágrimas el gusto de la herencia del estado; supo el hecho, abrazó á su cuñada, no contradijo á ninguna cosa, depositó á su hermano para llevarle despues á su lugar, partióse á la corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleito, degollaron á los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el título de condesa; apercebióse Periandro para seguir su viaje, á quien no quisieron acompañar Antonio el padre ni Riela su mujer, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron á Antonio el hijo, ni á la nueva Condesa, que no fué posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro. A todo esto nunca habia mostrado á su abuelo el lienzo donde venia pintada su historia; enseñósele un día Antonio, y dijo que

faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela habia venido á la isla bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trajes, ella en el de varon, y él en el de hembra: metamorfosis bien extraño; á lo que Auristela dijo, que en pocas razones lo diria, que fué, que cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca á ella, Cloelia y á las dos pescadoras, vinieron á una isla despoblada á repartir la presa entre ellos, y no pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasia; entré en su poder, sola, sin tener quien en mi desventura me acompañase; que de las miserias suele ser alivio la compañía; este me vistió en los hábitos de varon, temeroso que en los de mujer no me solicitase el viento; muchos días anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que á mi honestidad no ofendia: finalmente, un día llegamos á la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prision, y yo fui traída á la cueva de los prisioneros, donde hallé á mi amada Cloelia, que por otros no ménos desventurados pasos allí habia sido traída, la cual me contó la condicion de los bárbaros, la vana supersticion que guardaban, y el asunto ridiculo y falso de su profecía: dijo-me asimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro habia estado en aquella sima, á quien no habia podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban á sacarle para ponerle en el sacrificio, y que habia querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre; y que así, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se le estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla á peligro de perderla por momentos; y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le habia sucedido.

Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fuéron de parecer que no solamente no se añadiese, sino que aun lo pintado se borrara, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos días se pasaron poniendo en orden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa. Quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni ménos la nueva Condesa, que, como queda dicho, la aficion que á Auristela tenia la llevara no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viaje en compañía: llegóse el día de la partida, donde hubo tiernas lágrimas y apretados abrazos y dolientes suspiros, especialmente de Riela, que en ver partir á sus hijos se le partía el alma: echóles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerogativa de mejorar los sucesos: llevaron consigo á uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y puestos en él, dejaron soledades en su casa y padres, y en compañía entre alegre y triste, siguieron su viaje.



## CAPITULO X.

De lo que pasó con unos cautivos que encontraron.

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos, y cómo la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrían pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia: acciones hay que por grandes deben de callarse, y otras que por bajas no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia, que cualquiera cosa que en ella se escriba puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo, lo que no tiene la fábula, á quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que á despecho y pesar de la mentira, que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía. Aprovechándose pues desta verdad, digo, que el hermoso escuadrón de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó á un lugar no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habian de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando á dos mancebos, que en traje de recién rescatados de cautivos estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenían tendido en el suelo: parecía que se habian descargado de dos pesadas cadenas que tenían junto á sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno dellos, que debia de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo experta lengua, crujiendo de cuando en cuando un corbacho, ó por mejor decir, azote, que en la mano tenía, le sacudia de manera que penetraba los oídos y ponía los estallidos en el cielo; bien así como hace el cochero que castigando ó amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires. Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro: por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fué diciendo: Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Arjel, gomía y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que deste pequenuelo puerto que aquí va pintado salen con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules, y á acometer y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Océano pensaban estar seguras, á lo ménos de los bajeles turquescos: este bajele que aquí veis reducido á pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño y capitán es el turco que en la cruz va en pié, con un brazo en la mano, que cortó á aquel cristiano que allí veis, para que les sirva de rebenque ó azote á los demas cristianos que van amarrados á sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza: aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto á mí, es este mi compañero; no tan sangriento, porque fué ménos apaleado:

escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprensión deste lastimero cuento os llevará á los oídos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el arraez de la galeota, cosario tan famoso como cruel y tan cruel como Falaris, ó Busiris, tirano de Sicilia; á lo ménos á mí me suena agora el rospín, el manahora, y el de nimaniyoz, que con coraje endiablado va diciendo, que todas estas son palabras y razones turquescas, encaminadas á la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos, llamándolos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos alcaldes habia estado cautivo en Arjel mucho tiempo, el cual con baja voz dijo á su compañero: Este cautivo hasta agora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos cómo da la cuerda: porque quiero que sepais que yo iba dentro desta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, sino fué á un Alonso Moclín, natural de Velez-Málaga; y volviéndose al cautivo, le dijo: Decidme, amigo, ¿cúyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguisteis por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondió el cautivo, eran de D. Sancho de Leiva: la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvimosla despues, porque nos alzamos con una galeota, que desde Sarjel iba á Arjel cargada de trigo; venimos á Oran con ella, y desde allí á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir á su Majestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicó el Alcalde, ¿cautivastes juntos, lleváronos á Arjel del primer boleó, ó á otra parte de Berbería? No cautivamos juntos, respondió el otro cautivo, porque yo cautivé junto á Alicante, en un navio de lanas que pasaba á Jénova, mi compañero en los percheles de Málaga, adonde era pescador; conocimos en Tetúan dentro de una mazmorra: hemos sido amigos y corrido una misma fortuna mucho tiempo; y para diez ó doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galán, replicó el Alcalde, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuera; escucheme y dígame: ¿cuántas puertas tiene Arjel, y cuántas fuentes y cuántos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautivo: tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo, y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogeremos los cuartos y alzarémos la tienda, y adios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia. Entónces el Alcalde llamó á un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecia, y díjole: Gil Berrueco, id á la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes, que por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana y con mas fuerzas para tomar una azada en la mano que no un cor-

## PERSILES Y SIGISMUNDA.

bacho para dar estallidos en seco: yo he estado en Arjel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habeis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautivo, es posible que ha de querer el señor Alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dinero, y que por una niñería que no importa tres ardites quiera quitar la honra á dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar á su Majestad dos valientes soldados, que íbamos á esas Italías y á esos Flándes, á romper, á destrozar, á herir y á matar los enemigos de la santa fe católica que topáramos; porque si va á decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo y de saber á qué sabía la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz: para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron á pasar por allí unos cautivos, que tambien lo debian de ser falsos, como nosotros agora; les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Arjel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco: vendimos nuestros libros y nuestras alhajas á menosprecio, y cargados con esta mercadería hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer es, replicó el Alcalde, daros á cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais á arrastrar en Flándes, poneros un remo en las manos que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio á su Majestad que con la pica. Querráse, replicó el mozo hablador, mostrar agora el señor Alcalde ser un legisfador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue á los oídos de los señores del consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia: pues sepa el señor Alcalde que *summum jus summa injuria*. Mirad cómo habláis, hermano, replicó el segundo Alcalde, que aquí no hay justicia con lujuria; que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa, y hablad ménos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino á los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose. Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traedlos acá por sí ó por no, que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar. No le tendrá vuestra merced, señor Alcalde, en el cielo, replicó el mozo, si pasa adelante con esa riguridad: por quien Dios es, que vuesa merced considere que no hemos robado tanto, que podemos dar á censo, ni fundar ningún mayorazgo; apenas granjeamos el misero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros; nuestros padres no nos enseñaron oficio alguno, y así nos es forzoso que remitamos á la industria lo que habíamos de remitir á las manos, si tuviéramos oficio: castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en

ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen á los miseros que van su camino derecho á servir á su Majestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. Admirado estaba Periandro y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el cual prosiguiendo, dijo: Espúlguenos el señor Alcalde, mirenos y remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes; veamos pues si la adquisición de tan pequeña cantidad de intereses merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así otra vez digo que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente á hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre; los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dijo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de sentir que los azoten, sino que los tengo de llevar á mi casa y ayudarles para su camino, con condicion que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos que necesitados.

Ya el primer Alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino á la mia, donde les quiero dar una lición de las cosas de Arjel, tal que de aquí adelante ninguno les coja en mal latin, en cuanto á su fingida historia: los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer Alcalde á Periandro, y dijo: ¿Vosotros, señores peregrinos, traéis algun lienzo que enseñarnos? ¿Traéis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje, el cual los puso en manos del Alcalde, diciéndole: Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentarnos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y así como á caminantes libres nos podian dejar pasar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabía leer se los dió á su compañero, que tampoco lo sabía, y así pararon en manos del escribano, que pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió á Antonio, diciendo: Aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad destes peregrinos, como hay grandeza en su hermosura; si aquí quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson y mi voluntad de alcázar donde se recojan: volvióle las gracias Periandro, quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasaja-